

zada propiedad familiar fueron, al cabo, las causas de la fragilidad del sector. De suerte que el desplome de las capturas en la década de 1960 arrastró, en su caída, un rosario de pequeñas fábricas que carecían de alternativa productiva, y supuso el principio del fin de las gentes de mar.

En su evolución histórica, las pesquerías de Cantabria delimitaron también un nítido espacio social, el de sus gentes de mar. Fueron los pescadores comunidades urbanas, con un nítido perfil funcional y una definida jerarquización interna establecida por la condición de propietario de la embarcación frente a los que no lo eran. En su conjunto fueron comunidades marginadas social y espacialmente porque vivían en el límite de la subsistencia, acosados por la miseria, el hambre y la enfermedad, con unas condiciones de trabajo que encerraban un alto grado de siniestrabilidad por la frecuencia de los naufragios, con su trágica secuela de desamparo para viudas y huérfanos.

En ese marco general, la condición femenina supuso una doble marginación, porque sobre la mujer pesaban, además de las tareas domésticas y el peligro del desamparo, los trabajos complementarios de la recolección de cebos y cuidado de los artes de pesca; más el duro y mal retribuido trabajo por cuenta ajena, primero como obreras del muelle en la descarga de los mercantes, y luego como obreras eventuales en las fábricas de conservas. Eran, como las califica acertadamente el autor, las «cenicientas cántabras». — RAMÓN ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ

*El centro histórico de Cuenca**

Desde la aparición, en 1984, de su tesis doctoral (*Cuenca: evolución y crisis de una vieja ciudad castellana*), Miguel Ángel Troitiño no ha dejado de prestar atención a la ciudad que fue objeto de su primer estudio. El tiempo transcurrido desde entonces, los permanentes problemas de Cuenca y, en particular, los de su casco histórico, así como las actuaciones en curso sobre el mismo, justifican sobradamente esta nueva obra, inclui-

da en la serie «Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha», en la que se consideran la evolución socio-funcional de la Ciudad Alta y los efectos de las intervenciones urbanísticas realizadas desde 1980; todo ello precedido de una apretada síntesis previa sobre el devenir histórico del espacio estudiado.

El trabajo de Troitiño es interesante en sí mismo, pero también como muestra de los problemas que aquejan a muchos cascos históricos, aunque en pocos casos con las singularidades de todo orden que concurren en el de Cuenca, declarado en 1996 Patrimonio Histórico de la Humanidad.

Ese centro histórico, de unas 40 has de superficie, no es ya, pese a su significación, el centro económico ni residencial de una ciudad que ha conocido en la última década fuertes cambios urbanísticos.

La Ciudad Alta, cuyo momento de apogeo se sitúa en los mediados del siglo XVI, dejó de ser el centro económico y social de Cuenca, definitivamente, a lo largo del siglo XIX, aunque el proceso viniera de atrás. En 1860 la mayoría de sus 677 edificios estaba habitada por una sola familia, pues éstas no sumaban ya sino 840. La ciudad histórica caminaba hacia su ruina, como consecuencia de la propia ruina, iniciada en el siglo XVII, de las que habían sido las bases de su prosperidad pasada, la ganadería lanar y la industria de paños y alfombras. Los 17.683 habitantes de 1560 eran sólo 5.719 en 1845. Como reflejo del estado de cosas, la propia normativa urbana propiciaba los derribos. En 1892 había 69 casas ruinosas en la Ciudad Alta, y en 1902, como un símbolo, se hundirían la torre y la fachada principal de la catedral, del mismo modo que fueron perdiéndose media docena de iglesias y los barrios de San Miguel, San Martín y Santa María.

En 1894 se aprobó el Plan de Urbanización de la Ciudad Alta. Entre sus objetivos se hallaba el ensanchamiento del enlace entre la Ciudad Alta y la Baja que, acometido a partir de 1896, se terminaría en 1916, lo que permitió establecer, en 1920, el primer servicio público de autobús entre la plaza Mayor y la estación del ferrocarril (que se había inaugurado en 1884). A ese ensanchamiento siguieron algunos otros, pero muchos menos de los previstos en el Plan.

Antes de la Guerra Civil la Ciudad Alta se había convertido en un barrio residencial de clase media y popular, con algunas funciones administrativas y religiosas. Tenía 5.064 habitantes en 1935. Dentro de ella, el eje, hasta la plaza Mayor, conservaba alguna centralidad institucional y cierta cualificación residencial. Los ba-

* *Arquitecturas de Cuenca*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2 vols., Toledo, 1995-1996. Volumen primero, M^a Luz ROKISKI LÁZARO: *La arquitectura en Cuenca*, 383 págs.; Volumen segundo, Miguel Ángel TROITIÑO VINUESA: *El paisaje urbano del casco antiguo*, 238 págs., 3 láms. fuera de texto. Por razón del contenido circunscribimos la referencia al volumen segundo.

rrios de San Pedro, San Miguel, Santa María, San Gil y San Martín, proletarizados, conocían un notable deterioro, y en buena parte se hallaban arruinados y eran de difícil acceso; San Andrés, El Salvador, Moneda y Puerta de Valencia, más accesibles y próximos a la Ciudad Baja, mantenían su carácter de áreas populares. Caracterizaban a la Ciudad Alta unas condiciones de habitabilidad muy precarias, como también era precario el equipamiento comercial y de servicios.

La revalorización se inicia a partir de 1954 con la apertura de la ronda del Huécar, la urbanización de algunos espacios, y la restauración de edificios religiosos, sin que todo ello bastara para cortar la pérdida de vitalidad residencial: de 6.250 hbs. en 1945 a 5.400 en 1960. Por otra parte, en 1970 solamente un tercio de los 554 edificios de la Ciudad Alta se hallaba en buen estado de conservación; las viviendas con agua caliente se reducían al 11%, y las que tenían calefacción al 0,7%.

La revalorización aludida y, sobre todo, la renovación del espacio edificado, no se hizo sin riesgos, a veces graves, derivados de las dificultades para entender las características del entorno. Por otra parte, las precarias condiciones de habitabilidad dominantes hicieron que, pese a todo, la población siguiese decreciendo, bajando de 5.400 hbs en 1960 a 2.900 en 1975; el conservacionismo no era suficiente para mantener la vida del casco antiguo. Además, en el contacto entre la Ciudad Alta y la Baja, casi carente de medidas de protección, las operaciones de renovación y densificación alcanzaron notable entidad, sobre todo en el entorno del cerrillo de Santiago. También se produjeron transformaciones importantes en los arrabales del castillo y San Antón.

A comienzos de la década de 1980-1989 la Ciudad Alta era un espacio multifuncional. Desde 1950 se habían ido cerrando las tiendas familiares; en 1980 sólo sobrevivía una treintena, con poco más de 40 empleos, proliferando los locales vacíos. En cambio, la turistización y el uso lúdico daban pie a la expansión de la hostelería. La pérdida de peso de la función religiosa provocaba el abandono o la infrautilización de grandes edificios, como el Seminario, San Pablo, el Palacio Episcopal, o varios conventos. Las funciones administrativas se habían reducido al Ayuntamiento y la Audiencia, aunque en cambio crecieron los equipamientos socioculturales, gracias al Museo de Arte Abstracto y el Archivo Diocesano.

La estructura profesional era la de un espacio de obreros y empleados de rentas bajas; sólo en la década

de 1970-79 comenzaron a llegar algunos profesionales cualificados, a través de operaciones de rehabilitación o renovación.

En conjunto, la Ciudad Alta se hallaba infrautilizada, especialmente ciertos edificios singulares, las inmediaciones de la Torre Mangana, y otros espacios. De ahí la necesidad de una estrategia de recuperación integral, apoyada en medidas de conservación activa y dinamización sociofuncional. El Plan Especial de la Ciudad Alta (1979), el Estudio Piloto de Rehabilitación Integral de San Martín (1980) y la declaración de Conjunto Histórico-Artístico (1981) responden a una coyuntura propicia para abordar la estrategia citada.

Pero el Plan de 1979, cuyo objetivo era la conservación activa, carecía de recursos financieros y de instrumentos de gestión apropiados, sin que tampoco la revisión del Plan General, en 1987, consiguiera superar la línea de la conservación pasiva. El Plan de San Martín se proponía actuar sobre un barrio singularizado, colgado sobre la hoz del Huécar, de sólo 520 habitantes y deteriorado, pero en 1982 entró en vía muerta.

No obstante, el Ayuntamiento siguió realizando tareas de urbanización y mejora de infraestructuras, a la vez que se ejecutaban algunos importantes proyectos urbanísticos en la hoz del Huécar, el castillo, etc, y a la par que aumentaban las actuaciones privadas. En 1989 la Comunidad Autónoma ponía en marcha el plan «Cuenca a plena luz».

A partir de ese Plan, la rehabilitación, que había tenido una incidencia muy limitada, pasó a ser el tipo de obra predominante, junto con la restauración de edificios residenciales y monumentales, en este último caso para destinarlos a equipamientos e incorporarlos al tejido urbano. Así, el convento de Carmelitas pasa a tener uso universitario, el espacio del castillo y sus ruinas se acondicionan para Archivo Histórico, en la margen del Huécar se construye un Auditorio de nueva planta, en el barrio del Alcázar se trabaja en el Asilo para transformarlo en Museo Regional de la Ciencia, el antiguo Instituto Palafox se destina a sede de la Joven Orquesta Nacional, y el convento de San Pablo se convierte en Parador; a ello se unen otras actuaciones menores.

En cuanto al programa «Cuenca a Plena Luz», tiene como objetivo apoyar las iniciativas de rehabilitación integral, en cinco frentes: restauración monumental, rehabilitación de viviendas, mejora del paisaje, equipamiento sociocultural y redacción del Plan Especial. Hasta fines de septiembre de 1994 se habían subvencio-

nado 457 obras de rehabilitación, 17 de nueva planta y 16 de especial cualificación, afectando al 25% del parque de viviendas. En cuanto a la mejora del paisaje, se ha centrado en la limpieza de fachadas y saneamiento de cubiertas, consiguiendo una renovación de la imagen de la ciudad.

Todo ello está consolidando la dimensión histórico-cultural de la Ciudad Alta y revalorizando su imagen simbólico-cultural. A la vez se ha dinamizado el mercado inmobiliario y se está propiciando un mayor interés por la conservación de la ciudad heredada, si bien no todas las intervenciones han sido acertadas.

La consolidación de Cuenca como centro de turismo interior, y la revalorización de la Ciudad Alta como espacio lúdico, han propiciado la expansión de la hostelería, concentrada en la plaza Mayor y sus inmediaciones, lo que no deja de generar algunos conflictos con la población residente. También ha favorecido el comercio de artículos de regalo y recuerdos, y la consolidación de algunos talleres artesanos, pese a lo cual el comercio cuenta hoy menos establecimientos y empleo que en 1980.

En 1981, con 2.517 hbs, la Ciudad Alta se situaba en uno de sus niveles demográficos más bajos, pero la mejora física y funcional ha permitido cierta recuperación (2.824 en 1990), con un colectivo envejecido de residentes tradicionales, junto a un porcentaje de jóvenes próximo a la media conquense. La llegada de matrimonios jóvenes está impulsando una estructura por edades más equilibrada.

El cambio social ha sido importante en la última década, pues los nuevos residentes corresponden a grupos sociales de elevado nivel cultural y estatus económico medio-alto, lo que favorece la conservación del patrimonio edificado. Pero la potencialidad residencial continúa infrutilizada, dado el número de viviendas vacías y la proliferación de residencias secundarias.

En suma, la Ciudad Alta ha vivido una década de importantes cambios físicos, funcionales y sociales, pero no se han resuelto todos los problemas de la rehabilitación integral.

Todo ese proceso es expuesto por Troitiño con notoria claridad y especial atención al paisaje urbano, y con el apoyo de una copiosa ilustración cartográfica y fotográfica, entre la que, por su singularidad, hay que destacar la reproducción de las dos vistas panorámicas de Cuenca ejecutadas en 1773 por el teniente de Caballería Juan de Llanes y Massa.— FRANCISCO QUIRÓS LINARES

Melilla

Si Ceuta ha tenido cierta fortuna en cuanto a estudios geográficos se refiere, al contar al menos con los de Gordillo Osuna (1972) y Fernando Manero (1977), Melilla ha permanecido hasta hoy ayuna de trabajos de esa índole, pues la tesis doctoral de Francisco Argente del Castillo (1990) permanece, al parecer, inédita¹.

De ahí el interés del estudio de Antonio Bravo del que damos cuenta², pues a pesar de estar hecho desde la óptica de la Historia del Arte no deja de contener análisis y consideraciones de indudable utilidad geográfica, ceñidos al período comprendido entre los finales del siglo XIX y el año 1956, fecha de la independencia de Marruecos, en la que Bravo pone el término de su investigación.

Melilla, que se hallaba yerma, fue ocupada en 1497 por razones estratégicas vinculadas a la política de control marítimo del Mediterráneo frente a la expansión del poder turco y la piratería berberisca. Abaluartada en el siglo XVIII, su crecimiento no se inicia hasta los finales del siglo XIX, dentro del proceso de expansión del capitalismo europeo, paralelo a la expansión colonial, y en el que, en un principio, las bases litorales tuvieron un papel destacado. En el caso de Melilla, su puerto se vio como cabecera de la red de comunicaciones proyectada en la zona española del Protectorado marroquí; las obras portuarias se iniciaron en 1905, a la vez que se ponían en marcha las del Ferrocarril Norteafricano y las del que había de conectar las minas de hierro de la Compañía Española de Minas del Rif con el puerto.

Así adquiriría Melilla un papel activo en el contexto norteafricano, mediante el control comercial de un amplio *hinterland* marroquí, quedando vinculada la evolución de la ciudad, hasta 1956, al desarrollo de la acción española sobre el Protectorado.

En la expansión tuvo parte señalada el capitalismo español, a través, principalmente, de la Compañía Transatlántica primero, y de la Compañía de Minas del Rif después, aparte de otras sociedades menores. Junto a eso, el comercio local y, en un plano muy decisivo, la

¹ Prescindimos, por su lejanía temporal y su reducido interés geográfico, del folleto de Gonzalo REPARAZ (*Melilla*) y del artículo del miembro de la Sociedad Geográfica Francisco de la MOYA aparecido en el *Memorial de Artillería*; ambos se publicaron en 1893 con motivo del conflicto llamado «Guerra de Marallo», que se produjo en ese año.

² BRAVO NIETO, Antonio: *La construcción de una ciudad europea en el contexto norteafricano. Arquitectos e ingenieros en la Melilla contemporánea*. Ciudad Autónoma de Melilla, Servicio de Publicaciones, 1996, 700 págs.